

I

LA VICTORIA DEL REY SARGÓN

Hacía horas que el sol había iniciado su camino por la bóveda celeste y ya se reflejaba en los muros y las paredes de la nueva ciudad de Acad. La luminosidad, en la época de las cosechas, era extraordinaria, de una claridad diáfana. Por eso, los colores azules y amarillos que cubrían mayoritariamente los edificios construidos con ladrillos de barro resplandecían de una manera cegadora y dejaban boquiabiertos a los visitantes que acudían a la celebración de la gran victoria real.

Los acadianos lo contemplaban todo con gran satisfacción. Sentían el orgullo de ser el pueblo vencedor y acogían a los sumerios con

condescendencia. De hecho, hasta se mezclaban unos con otros para admirar juntos las puertas de acceso a la ciudad, la fortaleza del palacio real, las torres de vigilancia o la altura imponente del gran zigurat. También les sorprendía la belleza de las pinturas que adornaban las paredes principales con escenas de caza o con representaciones de las batallas ganadas. Pero, sobre todo, se sentían atraídos por los leones y los toros androcéfalos y alados que guardaban la entrada a las puertas principales de los grandes edificios. Los observaban con admiración, pero también con miedo, porque representaban a los monstruos de muchas de las historias que habían escuchado siendo niños.

No obstante, nadie dejaba de cruzar aquel portal, por mucho que lo protegieran aquellos seres mitológicos. La curiosidad, como suele ocurrir, era más fuerte que cualquier otro sentimiento y todas las calles estaban llenas de gente. Todos querían ver el desfile que celebraba el triunfo de los guerreros acadios y recorría las

calles principales de la ciudad, en su marcha hacia el palacio real. Había mercaderes, comerciantes, sacerdotes, escribas, labradores, hombres y mujeres libres y esclavos que buscaban el mejor lugar del recorrido para no perderse ni un detalle de la comitiva, puesto que el acceso al palacio solo les estaba permitido a los nobles y a los altos funcionarios, así como a los sumos sacerdotes.

Evidentemente, cuando más lucía el desfile era al llegar al gran patio que daba entrada al palacio, y precisamente allí era donde lo veían, desde un balcón de honor, el rey y toda la corte. Junto al rey Sargón de Acad se encontraban su hija, la princesa Ishtar, y su esposa, Tashlultum. También le acompañaban, en un segundo plano, sus dos hijos mayores, Rimush y Manishtushu. Desde el balcón, contemplaban el paso de los reyes y representantes de las ciudades sumerias conquistadas, que acudían a rendirle vasallaje, y también la marcha de los guerreros, arqueros, lanceros y de los carros de guerra, de los que

tiraban los onagros domesticados, una especie de asnos salvajes muy fuertes que se criaban en las montañas y valles de los ríos Tigris y Éufrates, territorios unificados entonces bajo el poder del primer emperador acadio.

El rey Sargón contemplaba el desfile con evidente complacencia, pero mantenía el gesto hierático y escondía la alegría que sentía bajo la barba adornada con tirabuzones.

–Por fin se ha cumplido mi sueño –murmuró, para que lo oyera solo Ishtar, su hija, por la que sentía una predilección especial.

–Sí, hoy es el día en el que celebramos tu victoria y la de todo nuestro pueblo –respondió la princesa.

El rey Sargón tenía una bien ganada fama de hombre cruel y a menudo despiadado. Su mirada profunda y directa hacía temblar a los más valientes de sus súbditos; incluso a su hijo primogénito, y heredero, Rimush. Su esposa se mostraba siempre sumisa y solo Ishtar era capaz de mirarle a los ojos cuando se enfadaba.



—Puedes estar muy orgulloso, padre—observó la princesa—. A pesar de tu origen humilde, has conseguido ser el hombre más poderoso de la Tierra.

Sargón agradeció con sus ojos las palabras de su hija. De hecho, se le humedecieron involuntariamente cuando, durante unos segundos, la observó atentamente. La belleza de Ishtar era extraordinaria. Vestida con aquella túnica estrenada para la ocasión, larga y con franjas bordadas que se le ajustaban al cuerpo, y con los cabellos adornados con una diadema floral, se hacía evidente que su hija era ya toda una mujer en todos los aspectos: en el físico y en el mental. Hacía tiempo que Sargón le había descubierto una inteligencia superior a la del resto de sus hijos y por eso le había proporcionado una educación meticulosa y variada. Había encargado esta misión al gran sacerdote y maestro sumerio Zamug, que fue el tutor de la princesa.

Mientras contemplaba el desfile que se realizaba en su honor, Sargón se reafirmaba en la decisión que había tomado cuando Ishtar era aún una

niña. Zamug y un reducido grupo de sacerdotes dirigidos por el maestro habían transmitido a su hija conocimientos muy útiles de astrología, matemáticas, música, escritura, geometría y otras disciplinas. No era, por lo tanto, extraño que sus palabras fueran siempre acertadas. Ishtar tenía razón. Tenía motivos para sentirse muy orgulloso porque, como le había recordado su hija, su origen era muy humilde. Tan humilde que, en realidad, desconocía quiénes eran sus padres.

Ishtar sabía aquella historia de memoria, porque su padre se la había contado muchas veces.

—Vamos, por los grandes favores que nos ha prestado Inanna, ¡diosa del amor y de la guerra! Cuéntame una vez más cómo llegaste a ser hijo adoptivo de aquel jardinero que podaba palmeras en la región de la Montaña —insistía a menudo Ishtar cuando era una niña.

—Al parecer, algún dios se había puesto en mi contra —empezaba su narración el rey Sargón, que olvidaba frente a su hija su habitual carácter dominante y enfurecido—. La mujer

que me engendró, por algún motivo oculto, se vio obligada a abandonarme. Tal vez no quiso ofrecerme en sacrificio en algún ritual destinado a satisfacer a algún dios. El caso es que me abrigó con pieles y me puso en un cesto de juncos, que había untado con brea para que pudiera flotar, antes de dejarme en el río. La corriente me llevó aguas abajo y, gracias a la diosa Inanna, fui rescatado por un jardinero que recogía agua para regar las plantas que cultivaba.

El pensamiento de Sargón volvió a la realidad cuando empezaron a sonar unas bellas melodías que celebraban la victoria conseguida. Casi un centenar de músicos amenizaban la entrada al palacio del desfile festivo, que también celebraba la paz en las tierras de Mesopotamia. Durante muchos años, había estado batallando, siempre con sus guerreros acadios, y había conquistado las grandes ciudades que crecían en las orillas de los ríos Tigris y Éufrates, a las que ofrecía libertad para organizarse a cambio de un tributo al rey de reyes.

Cuando terminó el desfile y también el concierto, el rey Sargón se retiró del balcón con todo su séquito y recorrió las estancias del palacio hasta llegar al salón del trono, donde le esperaban ya los reyes y gobernadores de todas las ciudades, desde la primera que había conquistado, Kish, hasta la última, Uruk, que se le había resistido en diversas ocasiones. Más de sesenta reinos de países y de ciudades, de norte a sur del curso de los dos grandes ríos que regaban la tierra y fertilizaban las cosechas, se encontraban representados en aquel salón.

—¡El rey Sargón! —gritó uno de los guerreros que custodiaban la puerta de entrada.

Inmediatamente, todos reverenciaron al monarca y, con la cabeza baja, siguieron de reojo el paso de la corte hacia el lugar donde se levantaba el trono. Cuando se hubo sentado, el rey dio la orden y empezó la ceremonia de vasallaje con la ofrenda de los regalos con que le obsequiaba cada uno de los presentes. Sargón asentía con la cabeza, pero procuraba mostrarse inexpresivo

y mantenía su gesto serio. Su mirada penetrante resultaba terrorífica y, a medida que transcurría el tiempo, el acto le parecía más tedioso y los nervios se hacían visibles en los gestos del monarca y de los demás asistentes. Por suerte, Ishtar miraba de vez en cuando a su padre y le calmaba con una ligera sonrisa.

Finalmente, cuando la paciencia de Sargón parecía haber llegado a su fin, terminó el acto y el rey de los acadios y de todos los pueblos sumerios, tras los agradecimientos de cortesía, pudo proclamar en voz alta el secreto que mejor había guardado durante los últimos meses.

–Como sabéis, amados súbditos, mi hijo primogénito, Rimush, será mi heredero y sucesor. Así ha sido proclamado ante los jueces hace tiempo. Pero hoy, ahora y aquí, quiero declarar que mi querida hija Ishtar será nombrada gran sacerdotisa de Ur.

Las palabras de Sargón provocaron un suave murmullo, acompañado de muestras de aceptación generalizadas.

–Quiero que su cargo al servicio de la ciudad de Ur sea visto como una muestra de unión entre los dos pueblos que hoy se hermanan como súbditos de un único señor. Ishtar ha sido educada en la cultura sumeria con la supervisión del gran maestro y sacerdote Zamug. Nadie mejor que ella para comprender, al mismo tiempo, las necesidades y los deseos de los sumerios y los acadios.

Ishtar miró, agradecida, a su padre y, luego, buscó con la mirada a su querido maestro y tutor, que le devolvió la sonrisa, muy complacido. Pero, antes de retirarse con el resto de la corte, Ishtar se aproximó a Zamug y le dijo:

–Te espero en el banquete. Me gustaría que estuvieras a mi lado.

–Allí estaré –respondió su querido maestro.

Poco a poco, primero el rey Sargón con su corte y, después, el resto de los asistentes abandonaron el salón del trono. La gente se dispersó por las diversas estancias del palacio. Algunos de los asistentes aprovecharon para retirarse a

sus habitaciones y descansar un poco; otros se dedicaron a conversar, y se formaron corrillos aquí y allá, hasta que llegó la hora del banquete.

Los elegidos ocuparon un enorme salón, donde encontraron grandes bandejas con los manjares más diversos: panes de trigo y cebada, guisos de garbanzos y lentejas, lechugas, cebollas y ajos, ollas con estofados de cordero, carne de cabra y cerdo a la brasa y una gran cantidad de frutas, entre las que destacaban los melones, las calabazas y los dátiles. Le bebida principal se guardaba dentro de grandes jarras de cerveza... El banquete comenzó en cuanto el rey Sargón dio la orden. Pero Ishtar, preocupada por la ausencia de su maestro, no comía, hasta que, al cabo de un rato, llamó a un guardián de la corte y le pidió que fuera a buscar a Zamug.

El tiempo transcurría muy lentamente para la princesa, que sentía ya una gran inquietud; sin embargo, no recibió noticia alguna hasta que, al cabo de un buen rato, el guardián que había enviado a buscar a su maestro se le acercó y le susurró:

—El maestro Zamug ha desaparecido.